

ESTABAN TODOS REUNIDOS
2do Dgo. de Pascua (03 de Abril de 2016)

Jn. 20, 19 – 31

La presencia trascendente de Jesús, tan señalada por Juan, se manifiesta ahora de modo indiscutible, y provoca que el Espíritu Santo se derrame sobre los discípulos. Todo sucedió en medio del temor de los apóstoles después de la muerte del Señor, cerrando las puertas, y también el corazón a cualquiera esperanza, convencidos que todo había acabado. Y ahora, ¿qué? La fe que tenían no les alcanzaba para comprender que Quien removi6 la piedra del sepulcro, podía abrir la puerta de los espíritus con un gran saludo “*Paz a vosotros*” (v.21).

Ante la muerte y resurrección del Señor se pueden dar muchas reacciones: huir en desbandada o confesar la fe como lo hizo el centuri6n en el Calvario (Mc.15,39), se puede oír y testimoniar el mensaje de los ángeles: “*Ha resucitado*”, o, simplemente, ver y creer. Tomás, que no estaba con los discípulos era un hombre crítico, escéptico, empirista, más no fanático. Exigió pruebas perceptibles en vez de visiones, y cuando las tuvo, ya no necesit6 palpar para creer. Sólo persiste en su incredulidad quien se obstina en buscar entre los muertos al que vive. La historia de Tomás puede ser mi propia historia. Donde leemos “*Tomás*”, podemos escribir “*yo*”: “*Yo no estaba con los demás, si no toco, me cuesta creer*”, su duda, sería mi propia duda. Debo llegar a la fe por su mismo camino, no por definiciones dogmáticas aprendidas de memoria en el catecismo, no por la experiencia tangible, sino por el encuentro personal de Jesús, en medio de la comunidad. Es imposible creer en soledad, porque la fe es sentir a Jesús presente en medio de la Iglesia, y más que pedir ver Sus llagas, mostrémosle al Señor nuestras heridas.

El centuri6n extendió un certificado de defunción, los judíos estaban satisfechos porque “*Le habían matado*”, Nietzsche anunció “la muerte de Dios”, y tras él muchos repiten ese grito, cual moda que va y bien en oleadas, pero las olas se pierden en el océano de la existencia y al final queda el ser humano necesitado de creer.

Si bien los primeros seguidores vivieron la alegría del compartir con el Señor, ese grupo se disolvió luego de la Pasión, tal como lo dijo Jesús: “*Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas*” (Mt.26,31). Sin embargo, los relatos pascuales nos hablan del trabajo del Resucitado como reunificador del grupo disgregado para dar vida nueva a la unidad de los discípulos. Las narraciones rezuman alegría y esperanza colmando al lector de ese mismo clima, y aunque no desaparecen los problemas, éstos se iluminan desde la Resurrección con un tinte que viene desde lo alto. La vida con sus cosas tiene un nuevo color y sentido, eso es, cabalmente lo que hace la fe proyectada sobre la cotidianidad.

San Ignacio de Loyola destaca en sus “*ejercicios*” el papel consolador del Resucitado, lo señala como el Buen Pastor que reúne al rebaño disperso, consuela a los tristes, prepara la nueva comunidad hasta la llegada del Espíritu Santo en Pentecostés. Todos deben enfrentarse con la vida, sus afanes y trabajos, pero ahora frente a dos nuevas dimensiones. Una, hacia arriba, en el gesto de la Ascensión expresado en la mirada de los testigos junto al consejo de san Pablo: “*Si habéis resucitado con Cristo, buscad y saboread las cosas de arriba*” (Col.3, 2). Recordemos a Esteban, que al morir por la fe vio los cielos abiertos y a Cristo glorificado (Hch.7, 55). Es la visión de una fe supernaturalista (redención, gracia, sacramentos...) distinta de la visión naturalista desde abajo que ve un mundo no redimido.

Y la dimensión hacia dentro, la del Espíritu, se interna hasta llegar al corazón, para obtener madurez, enriquecer a la persona y dotarla de equilibrio, cual veta inagotable, encaminada a seguir las mociones del Espíritu. Quienes se dejan conducir por Él, son hijos de Dios (Rom.8, 14). Cuanto más hondo hacia dentro, más eficaz resultan las obras hacia fuera.

Todo lo anterior se vive en la Eucaristía, donde la presencia del Señor reúne a todos los creyentes en la fraternal fracción del pan. El Vaticano II y Pablo VI desarrollan el pensamiento de la Eucaristía como centro de la vida cristiana a nivel personal, comunitario, parroquial, diocesano y eclesial. Se aprecia en el estilo de vida en la primera comunidad, descrito en Hechos (2,44-47; 4,32-37), donde todas las cosas estaban en común, pues así también tenían los corazones. El Resucitado era la fuerza centrípeta que amalgamaba las diferencias de edad, origen, mentalidad y cultura. Jesús era entonces y lo sigue siendo ahora, el Señor Resucitado y glorificado y la pertenencia a Él lo significa todo.

+Bernardo Bastes F sdb.
Padre Obispo de Magallanes.